

# LOS INDESEADOS

Yrsa Sigurdardóttir

## Primeras páginas

El final

Óðinn tosió y se sobresaltó. ¿Cuánto tiempo llevaba dormido? Quizá solo acababa de echar una cabezada. Soltó una risa ahogada y le sorprendió su propio resuello. Se sentía bien, pero le pareció que iba a dormirse otra vez e hizo un esfuerzo por evitarlo. ¿Dónde se encontraba? Trató de sonreír, pero su intento se redujo a un mero esbozo y no pudo evitar que le volviera a entrar la risa. Seguidamente todo quedó en silencio. Solo se oía el rugido del motor. Su hechizante sonido le cerraba los párpados. ¿Estaba borracho? De nuevo una tos. Pero, en esa ocasión, no procedía de su garganta. Entreabrió los ojos y miró alrededor con dificultad. Seguía en su sitio, en el asiento del conductor. Sentada a su derecha estaba su hija Rún, con la cabeza hundida sobre el pecho y el pelo negro caído hacia delante ocultando su delicado rostro. Se echó a reír como si no hubiera visto nada más gracioso en su vida. Pero algo raro ocurría allí. Estaba borracho frente al volante. Aunque no del todo. Y, aun así, estaba contento.

Rún volvió a toser y su cabeza dio una sacudida. Su pelo onduló adelante y atrás, adelante y atrás, como movido por el viento, y Óðinn volvió a soltar una carcajada. Sin embargo, a pesar de aquel extraño estado de felicidad, algo le decía que la situación no tenía ninguna gracia. Pero, al mismo tiempo, una sonrisa radiante le iluminaba el rostro.

Estaban dentro del coche. En un garaje. Óðinn apoyó la mandíbula contra el pecho y luego levantó lentamente la cabeza, que parecía hecha de fino cristal. ¿Qué garaje era ese? Seguro que lo sabía pero no conseguía acordarse de ninguna manera. ¿Qué hacemos aquí? ¿Por qué me siento tan raro? En su cabeza retumbaban las respuestas pero estas no se dejaban atrapar. Y eso le provocaba irritación, ya que era importante dar con ellas. Muy importante.

Óðinn respiraba sin fuerza por la nariz. Al parpadear podía distinguir los objetos que lo rodeaban pero siempre tenía la sensación de que sus ojos se iban a cerrar por última vez. De nuevo sintió un estallido de felicidad y esa vez consiguió sonreír de verdad. O eso le pareció. Le invadió el placer. A duras penas consiguió agarrar la delicada mano de su hija. Sintió que estaba desprovista de fuerza. Óðinn apretó la palma, fría y húmeda, mientras se le pasaba la risa tonta. Rún no oponía resistencia, simplemente estaba allí con la cabeza colgando por encima del cinturón de seguridad.

De pronto hubo un atisbo de sentido común en medio de aquella bruma de bienestar. Algo grave estaba ocurriendo. ¿Qué hacían sentados en ese coche? ¿Y por qué estaban en ese garaje que tanto le sonaba? Estaba seguro de que lo sabía, así que volvió a hacer memoria para recordar cómo habían llegado hasta allí. Pero, en cuanto parecía que algo iba a aclararse, sus pensamientos se esfumaban. Se diluían y se desvanecían. Lára. Lára. Lára. Su ex mujer, la madre de Rún. ¿Qué pintaba ella? Hacía mucho que había fallecido. Volvió a darle la risa a pesar de no verle la gracia por ninguna parte.

Esa vez tosió él y le escoció en el pecho. Al recuperar la respiración, le pareció que flotaba algo extraño en el aire. Era ácido. Tóxico. Sin dejar de sonreír, buscó a tientas el regulador de la calefacción para ajustar la ventilación al máximo pero su mano no llegó muy lejos y se desplomó sobre la palanca de cambios. Tenía que haberse hecho daño, estaba seguro, pero el dolor era tan difuso que su rostro ni siquiera se inmutó. Era como si llevara un grueso traje de esquiar. Bajó la mirada y comprobó que vestía ropa normal y corriente. Ni siquiera llevaba abrigo. Qué extraño. ¿No hacía frío fuera? Era invierno, ¿no? Óðinn no estaba seguro. Pero le daba igual. Algo o alguien le decía que todo iría bien. Quizá fuera Lára. Al menos parecía su voz.

La imagen de Rún con la cabeza colgando a su lado era desoladora. Le arruinaba por completo la alegría. Apartó la mirada. Despacio. Muy despacio, siempre con la cabeza de fino cristal. Su mandíbula alcanzó el hombro izquierdo y sonrió. Mucho mejor así. Entonces se dio cuenta de que la ventanilla del conductor estaba abierta y su corazón dio un respingo. Fuera del coche, el aire parecía turbio y gris. ¿Por qué le resultaba todo tan familiar? Los gases del tubo de escape. La exhalación tóxica del motor. Algo tenía que saber sobre lo que estaba ocurriendo. Algo relacionado con su trabajo. Óðinn probó a contener la respiración y su mente pareció aclararse. Su demencial estado de felicidad dio paso al desespero y recordó haber leído u oído que las personas que fallecían por falta de oxígeno sentían un inmenso placer justo antes del momento final. Que el cerebro asistía al desdichado en el sprint final. Morir feliz. Mejor así.

¿Quién les había hecho aquello? ¿Quién? ¿Quién? ¿Quién? Óðinn volvió a reírse pero en esta ocasión sintió una lágrima deslizarse por su mejilla. Tenía que acordarse. ¿Dónde habían estado? En su boca notó un regusto a hamburguesa y recordó vagamente haber ido a algún restaurante de comida rápida. Con Rún. Pero ¿dónde estaban en ese momento? La niebla volvió a echársele encima y dejó de recordar. Nada emergía en su cabeza salvo la horrible certeza de haber desperdiciado una valiosa energía pensando en lo que poco importaba ya. Más le habría valido intentar salir del coche y sacar a su hija. Rún. Querida Rún. Once años. Al diablo con él mismo. Apenas logró girar la cabeza hacia ella. Sentía ganas de gritar pero no le quedaban fuerzas. Allí estaba su hija con la cabeza colgando por encima del cinturón de seguridad, agonizando ante sus ojos, y él ni siquiera podía alcanzarla.

Óðinn se reía mientras las lágrimas manaban a borbotones. Le traía sin cuidado aquella felicidad. ¿Quién quiere sentirse como si estuviera borracho en el momento de morir? ¿Y, peor aún, viendo cómo agoniza su propia hija? Nadie. Se oyó un sonido ronco, una mezcla entre tos y risa. Se acercaba el final y era demasiado tarde para cambiar nada. Le había fallado a su hija. Otros padres quizá habrían

conseguido salir del coche y arrastrarse por el suelo hasta la puerta del copiloto para salvar a su hijo. Bastaba con abrir una rendija la puerta del garaje para salvar sus vidas. Al menos la de ella. La suya le daba igual con tal de que ella sobreviviera.

Ríe por última vez, ordenó el cerebro. Óðinn obedeció y se rió a carcajadas sin apenas moverse; se reía sin fuerza y despojado de toda alegría. Pero enmudeció cuando la niebla de sus pensamientos comenzó a espesarse de repente. Recordaba dónde estaban pero no podía deducir cómo habían llegado hasta allí. Recordaba por qué Lára era importante aunque estuviera muerta. Recordaba a aquellos dos chavales que tiempo atrás habían perdido la vida del mismo modo. Es más, sabía quién andaba detrás de lo que les había ocurrido a aquellos dos desdichados. La rabia hizo un tímido intento de invadirlo pero la pena se había anclado en su pecho. Incluso aquella alegría embriagadora se estaba consumiendo. Ya no había nada de lo que reírse.

Óðinn no podía aguantar más la respiración. Había llegado el final. Abrió la boca y tragó el aire tóxico.

1

Óðinn Hafsteinsson echó en falta tener un martillo en la mano para blandirlo y aporrear el clavo galvanizado de diez centímetros. En sus años de estudiante no había hincado los codos ni un minuto más de lo necesario y, poco después de terminar la escuela técnica, había dejado su trabajo en un gabinete de ingenieros porque se veía condenado a pasarse las horas sentado frente a la pantalla del ordenador. Sin embargo, Óðinn había encontrado su sitio en la constructora de su hermano, donde se había ocupado de la elaboración de presupuestos y ocasionalmente había llevado la contabilidad. Aunque ese trabajo en realidad le había exigido pasar la mayor parte del tiempo entre cuatro paredes, se las había arreglado para escaparse de vez en cuando a las obras. En definitiva: el trabajo de sus sueños. Sin embargo, pasado un tiempo había vuelto a cambiar y ahora se había convertido otra vez en un chupatintas gris e insignificante, vencido por la desidia y la apatía después de tres meses de encierro en su nueva oficina. Además, ese día era de los peores: fuera rugía un feroz vendaval, todas las ventanas estaban cerradas y sobre su cabeza sentía un peso que se acentuó cuando lo llamaron para que se reuniera con el jefe de oficina, Heimir Tryggvason.

Como de costumbre, el ojo vago de Heimir se desviaba hacia un lado y a Óðinn le entraron ganas de mirar en esa dirección para ver qué le llamaba la atención.

—Contacta conmigo para cualquier cosa —le indicó Heimir—. No conozco el caso del todo bien pero quizá pueda serte de ayuda.

Habiendo agradecido ya dos veces su disposición, Óðinn se limitó a asentir.

—Lo más importante es que nos hagamos una idea de las dimensiones del problema, que averigüemos si podría tratarse de una bomba de relojería. Evidentemente, esperamos que no sea así pero si acaba siéndolo quizá por una vez podríamos adelantarnos a los medios y a la conmoción de la que siempre vienen acompañados los casos como este. No estaría de más.

Heimir esbozó una sonrisa melancólica; tenía el ojo tan desplazado a un lado que solo se le distinguía media pupila.

—Entonces ya está todo, ¿no? Creo que más o menos sé lo que se espera de mí. Retomo el hilo donde lo dejó Róberta y concluyo el caso.

La sonrisa de Heimir se desvaneció.

—Sinceramente, no sé cuánto provecho podremos sacar de su trabajo. Nadie se dio cuenta de lo mal que lo estaba pasando; probablemente su situación repercutió en su eficiencia. Lo peor fue que no advertimos adónde se encaminaba todo. Está claro que nadie sospechó que pudiera ser tan grave.

Óðinn abrió la boca para hablar pero después decidió no decir nada. A nadie podía haberle pasado desapercibido que a Róberta le ocurría algo. Suspiraba a cada paso que daba y a menudo se agarraba el brazo y el hombro izquierdos con una mueca de dolor. A pesar de que nadie hablara de ello, a pocos les sorprendió el hecho de que hubiera fallecido a causa de un paro cardíaco. Tampoco dijeron nada al enterarse de que había sucedido en la propia oficina, después de que los demás se hubieran marchado a sus casas. Róberta solía ser la última en salir. Aun así, a muchos les horrorizó la noticia, ya que su compañera había pasado muerta toda la noche en su lugar de trabajo. Era triste pensar que nadie la había echado de menos, o que nadie había intentado localizarla al ver que no regresaba a casa. Los que habían llegado primero aquella mañana parecían especialmente afectados y Óðinn dio gracias por no haber sido uno de ellos. Encontraron a Róberta sentada en su silla, con la espalda apoyada en el respaldo, los brazos colgando a los lados, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y el rostro desfigurado por el dolor.

Nadie se explicaba cómo a Heimir se le había ocurrido encomendarle a Róberta uno de los pocos proyectos que podían provocar cierto estrés. Evidentemente no era muy psicólogo. Tal vez Heimir había elegido a Róberta siguiendo el mismo criterio que utilizaba ahora para encomendarle el trabajo a Óðinn: tenía formación de ingeniero y, por tanto, no le afectaban las pequeñeces. Es decir, era improbable que abordara la investigación con excesiva emotividad o sensiblería.

—Empezaré por averiguar lo que hizo. A lo mejor llegó más lejos de lo que pensamos.

—Vale, pero no te hagas ilusiones —dijo Heimir dirigiéndole una mirada compasiva.

Óðinn se levantó. Estaba ilusionado: por fin le habían asignado una investigación con sustancia y ya no tendría que desesperarse buscando algo que hacer para llenar sus horas de trabajo. Se trataba de un caso de verdad, un informe sobre un reformatorio llamado Krókur y destinado a la reeducación de jóvenes delincuentes que había estado en funcionamiento en los años setenta. Óðinn debía averiguar si los antiguos internos habían sufrido daños permanentes como consecuencia de malos tratos o agresiones y, de ser así, si tenían derecho a una indemnización. Un sospechoso muro de silencio rodeaba aquel reformatorio. Nadie había reclamado compensaciones ni había hecho declaraciones ante los medios, supuestamente porque allí no había ocurrido nada malo.

—Encontrarás los documentos de Róberta en su compartimento.

Pese a su pequeñez, la Agencia Pública de Supervisión tenía cierta jerarquía interna. Aunque a todos les habían adjudicado los mismos muebles anodinos, unos se sentaban junto a la ventana mientras que otros trabajaban cara a la pared. Óðinn

pertenecía al segundo grupo; no obstante, le parecía gozar de mayor estatus que Róberta, que había ocupado el compartimento más alejado de todos. Solo los que tenían que hablar con ella se habían acercado a ese lugar. A cambio, Róberta había podido trabajar en paz y decorar su compartimento sin provocar la irritación de nadie, a diferencia de otros compañeros, que recibían órdenes de deshacerse del más mínimo objeto decorativo. Seguramente, nadie se había fijado en su escritorio. Óðinn trataba de entender aquel batiburrillo pegado en la pared del compartimento de Róberta, pero lo único que veía era un intrincado puzzle de fotografías inconexas.

—Vaya follón, ¿eh?

Sentada en el compartimento contiguo, Diljá Davíðsdóttir se había asomado tras el panel separador, contenta de tener compañía.

—Bueno, mejor que una pared vacía. —Óðinn se inclinó hacia una de las fotografías que, a diferencia de las demás, era original y no una imagen impresa. A juzgar por lo descolorida que estaba y por la vestimenta de los fotografiados, tenía que ser bastante antigua. Unos años más y quedaría reducida a un rectángulo blanco y brillante—. ¿Parientes de Róberta?

Dos muchachos que llevaban vaqueros con los bajos doblados y jerséis desgastados y sucios posaban sobre una explanada de hierba. Al fijarse bien, Óðinn reparó en que los dos se parecían tan poco entre ellos que difícilmente podían estar emparentados. A primera vista el rostro de uno le resultó familiar, pero la sensación desapareció al escrutarlo. No era más que otra de tantas caras islandesas redondas.

—Ni idea. Róberta nunca me contestaba cuando le preguntaba y no tenía ganas de irle detrás. La dejaba recortar y pegar las fotos tranquila.

Óðinn desvió la mirada de la fotografía y enderezó la espalda. No valía la pena intentar entender lo que se escondía detrás de ese mosaico ya que la única persona que conocía su significado yacía en un féretro en el barrio de Grafarvogur. Óðinn decidió echar un vistazo a las carpetas. Con el rabillo del ojo percibió que Diljá seguía observándolo.

—¿Sabes si tenía algún sistema para organizar sus archivos?

—Ya lo creo. Dudo que haya alguien más ordenado que ella. Eso sí, lo que ignoro es si su sistema tenía algún sentido. —Hizo una pausa y clavó la mirada en los enormes ojos azules de Óðinn—. Seguro que es un lío.

—Esperemos que no.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te ha tocado revisar sus documentos? —Esbozó una amplia sonrisa—. Uf, estaba convencida de que iba a caerme a mí.

—No cantes victoria tan pronto. —Óðinn abrió una carpeta y hojeó rápidamente su contenido—. Solo tengo que revisar lo relativo al reformatorio Krókur. Lo más seguro es que encarguen a otro de los demás casos. ¿Tal vez tú?

La sonrisa se borró del rostro de Diljá. Esta inclinó el mentón hacia delante y sus labios rojos dibujaron una línea recta.

—Yo no me haría cargo de ese caso ni loca y, si fuera tú, me andaría con cuidado.

La carpeta parecía guardar relación con Krókur, así que Óðinn la dejó en la mesa y pasó a la siguiente.

—No es que andemos sobrados de casos interesantes.

Con los años la agencia se había ido quedando a la zaga de otros organismos que resolvían con éxito casos que antes se les adjudicaba a ellos. Los proyectos de los que se encargaban ahora eran o bien las migajas que se caían de las mesas de otras oficinas gubernamentales, o bien proyectos que Heimir conseguía con lloriqueos en sus reuniones mensuales con representantes de ministerios y directivos de otras instituciones.

—Me da igual. No me gustaría investigar a personas que en el pasado fueron jóvenes delincuentes. Por mucho que hubieran recibido malos tratos. Ya es agua pasada; además no estamos hablando de unos pobres inocentes como los de los otros centros.

—En mi opinión «jóvenes delincuentes» no es la expresión adecuada. —Óðinn apartó la carpeta, que no tenía nada que ver con Krókur, y cogió la siguiente—. Por lo que tengo entendido, ninguno había cometido delitos graves. No eran más que unos críos.

Diljá resopló.

—Eso no quiere decir nada. Los niños pueden infringir la ley perfectamente. El otro día leí en un foro de internet que un chico había matado a dos niños en el norte. Todavía no era adolescente. Puede que en ese reformatorio hubiera uno igual. Así que no me interesa, gracias.

—A mí eso me da igual. Allí no había ningún asesino, créeme. Si no, ya se habría sabido.

Diljá dejó vagar la mirada por el escritorio de Róberta.

—Hablabas sola todo el rato —dijo mirando fugazmente a Óðinn—. Róberta, quiero decir. —Vaciló un momento y luego continuó—: A veces hablaba de manera tan confusa que me era imposible saber lo que decía. Otras veces solo murmuraba. Pero en una ocasión pude entender palabra por palabra. Una cosa de lo más extraña, te lo aseguro.

—¿Y...? —preguntó Óðinn, absorto en el contenido de las carpetas.

Las alusiones de Diljá no habían conseguido captar su atención. Apenas la conocía y no le interesaban especialmente los comentarios que la mujer solía hacer junto a la máquina del café sobre personas desconocidas o políticos que la ponían enferma. Óðinn no dejaba de felicitarle por no haberse acostado con ella dos meses atrás después de la cena de empresa. En realidad en aquel momento le había parecido un gran plan. Pero había tenido que ir un momento al servicio y, al regresar, ella se había mostrado más interesada por el otro hombre soltero de la oficina. En los días siguientes había habido tal tensión entre Diljá y aquel tipo que todos respiraban tranquilos cada vez que uno de los dos faltaba al trabajo. Si Óðinn se echaba una novia alguna vez, esta no sería del trabajo. A decir verdad, tampoco existían grandes probabilidades de que fuera a ocurrir en algún otro lugar. El hecho de ser un padre soltero de una niña de once años, no particularmente guapo ni rico, no lo convertía

en el solterón más cotizado de la ciudad. Pero no podía quejarse. A veces bastaba con mencionar a su hija para que las chicas huyeran por la mañana después de una aventura de una noche.

—Creo que lo que le causó la muerte es ese caso. Hay algo extraño, así que antes de decidirte a cogerlo piénsatelo dos veces.

—En realidad ya lo he decidido.

A Óðinn no le apetecía alargar la conversación recordándole que mucho tiempo antes de que se pusiera a investigar la historia de los jóvenes de Krókur, Róberta ya parecía enferma. Que la dificultad del caso hubiera sido la gota que colmara el vaso era otra cuestión.

Por otro lado, Óðinn estaba convencido de que el caso no le afectaría; no estaba dispuesto a involucrarse emocionalmente con las penas de otros, bastante tenía con las suyas propias. A diferencia de los pobres desdichados de Krókur, él se había forjado su propio destino. A los veinticuatro años había conocido a Lára, la madre de su hija, una chica dos años mayor que él. Se fueron a vivir juntos, se casaron y al cabo de un año tuvieron una hija. El nacimiento de la niña vino a confirmar de forma irrefutable lo que ya tenía claro desde hacía tiempo: Lára y él eran incompatibles. Así que decidió abandonar a su mujer y a su hija recién bautizada, Rún. Por su parte, Lára tampoco pareció especialmente afectada por su partida. Ambos se adaptaron a la nueva situación y la vida siguió su curso normal, sin duda mucho más difícil para Lára que para él.

Luego, hacía menos de medio año, había ocurrido el desastre. Lára se había caído por la ventana y, a partir de ese día, la existencia de Óðinn había cambiado radicalmente. El papel de padre de fin de semana había pasado a la historia; ya no bastaba con ir al cine o comer una hamburguesa un sábado de cada dos. Buscó otro trabajo para poder ocuparse de su hija debidamente y la vida fácil que había llevado hasta entonces se le acabó. Todavía no se había acostumbrado al cambio, pero poco a poco iba reubicándose.

—No es broma. Róberta suspiraba y resoplaba como si sus problemas fueran a acabar con ella o el estrés la superara. —Diljá vio que Óðinn no se inmutaba ante su comentario, así que añadió otro con un poco menos de entusiasmo—: A veces parecía estar hablando con alguien. Conmigo no, desde luego.

—Habría sola o murmuraría. Le pasa a mucha gente, no tienes que estar mal de la cabeza para hacerlo.

Hasta ese momento Óðinn nunca había pensado que una cardiopatía pudiera causar delirios o trastornos mentales pero ¿qué sabía él? Se arrepintió de haber hecho ese comentario. Si se lo hubiera ahorrado, Diljá lo habría dejado estar, habría vuelto a su silla y lo habría dejado en paz.

Cuando Diljá volvió a tomar la palabra no quedaba ni rastro de aquel tono de niña pequeña que solía poner para atraer a los hombres. Ahora habló con una voz adulta e indignada. A Óðinn le gustaba mucho más así.

—Después de haberla escuchado durante casi dos años sé lo que me digo. No empezó a hacer esas cosas hasta hace poco. Era algo fuera de lo normal y el cambio tuvo que ver con ese caso. Si me crees o no, es cosa tuya. Pero que conste que te he avisado.

Dicho esto volvió a sentarse a su mesa sin esperar la reacción de Óðinn. Total, si este respondía podría oírlo a través del delgado panel separador. Sin embargo, Óðinn prefirió no decir nada. Cuando hablaba con mujeres solía meter la pata, así que continuó revisando los documentos.

Cuando por fin dio con otra carpeta cuyo contenido estaba relacionado con Krókur, ya era demasiado tarde para retomar la conversación. Aunque pareciera mentira, echaba de menos el parloteo de Diljá; le incomodaba leer aquellos papeles sin su compañía. En la primera página encontró una fotocopia de la misma foto que le había llamado la atención en la pared. Debajo, Róberta había escrito dos nombres de varón y había dibujado una cruz detrás de cada uno:

Þorbjörn (Tobbi) Jónasson †

Einar Allen †

Solo entonces Óðinn sintió el aire helado que le llegaba desde el respiradero que tenía encima. Se le erizó el cuero cabelludo y cerró la carpeta de golpe. En su compartimento no hacía tanto frío, así que decidió revisar allí las carpetas. Sin embargo, aunque hubiera dejado de tener la hoja ante sus ojos, seguía viendo las cruces de trazos torcidos. En su intento de sacudirse el escalofrío de encima salió del compartimento de Róberta. Por alguna razón, no tenía ganas de que los chicos de la foto lo miraran fijamente. Quizá porque sabía que habían contemplado impasibles el forcejeo de Róberta contra la muerte. Tal vez se alegraban de que él ahora estuviera con ellos y así se les concediera por fin la oportunidad de contarle a alguien lo que había ocurrido en Krókur.

2

Enero de 1974

Se le había agujereado uno de los guantes de fregar. Aldís apretó los dientes; por los pocos platos que le quedaban por lavar no iba a cambiar el agua sucia. Además, no le apetecía aguantar ningún sermón sobre despilfarros y lujos. No tenía ni idea de cuánto costaba el detergente pero, visto cómo se las gastaban allí, seguro que lo consideraban oro líquido. Eran tan rácanos con el producto que la espuma desaparecía nada más introducir la vajilla sucia en el fregadero. Y no es que solo lavara los platos de un par de personas sino de siete chavales, nada menos, aparte de los de los empleados y de ella misma. Si el matrimonio que dirigía el reformatorio fuera medianamente normal, ya habrían comprado un lavavajillas hacía tiempo. Pero no. Ya se podía dar con un canto en los dientes si le pasaban unos guantes de goma nuevos.

—Hay que ver lo lenta que vas siempre. —Lilja apareció de repente, como si Aldís la hubiera invocado al pensar en ella y su marido, Veigar. Se le había acercado disimuladamente por detrás y le respiraba en la nuca—. Sabes que esperamos la llegada de un chico nuevo y que tienes que dejar su habitación preparada.

—No.



Aldís sabía perfectamente que su respuesta podía malinterpretarse. Sin embargo ignoraba por qué no se había explicado mejor. Lo último que quería era que la mujer se pusiera como una fiera.

—Mira que te lo he repetido miles de veces. ¿Cómo se te ha podido olvidar? Ni que tuvieras que usar mucho el cerebro.

Su tono de voz traslucía lo encantada que estaba Lilja al constatar el olvido de su empleada.

Aldís se miró a los ojos en el reflejo de la ventana situada encima del fregadero. Estaba haciendo mejor tiempo de lo habitual en esa época; la nieve se había fundido y hacía mucho que no nevaba ni llovía.

—Lo que quería decir es que no tengo que preparar su habitación. Ya lo he hecho. — Se hizo el silencio y Aldís pensó que Lilja estaba buscando una buena respuesta pero no se le ocurría ninguna—. Sabía que no me daría tiempo por la tarde. Además, prefería hacerlo mientras los chavales no estaban.

Al nuevo interno se le había asignado la litera superior de un cuarto para dos personas. La habitación llevaba vacía un mes; su anterior ocupante había sido un muchacho que había pasado tan desapercibido que Aldís no lograba recordar su aspecto. Quizá por eso se le había dado tan bien robar en las tiendas antes de que fuera a parar al reformatorio; definitivamente, en aquel mundillo venía muy bien ser invisible.

—Hombre, por fin das muestras de tener dos dedos de frente.

La idea de elogiar a alguien era impensable para Lilja. Las pocas veces que expresaba satisfacción, sus palabras sonaban igual que cualquiera de sus reprimendas. Durante sus primeras semanas en Krókur, hacía medio año, Aldís no había tenido ningún problema con su jefa, pero en los últimos dos meses esta se había comportado como un ogro. Aunque, visto lo visto, no era de extrañar. Y se portaba peor en ratos como aquel, cuando Veigar se iba un momento a la ciudad, cosa que afortunadamente no hacía a menudo. Por muy absurdo que pareciera, Aldís estaba segura de que Lilja no confiaba en su marido, aunque este solo hubiera ido a buscar al nuevo interno. Estaban hechos el uno para el otro: ella era una amargada y él gruñía todo el santo día. ¿Qué clase de mujer podía enamorarse de un hombre así? Aldís no entendía por qué a Lilja le preocupaba que su marido le pudiera poner los cuernos, aunque probablemente su actitud tenía que ver con la traumática experiencia que había sufrido. Quizá Veigar había perdido el interés por su mujer después de lo ocurrido, y Aldís pensaba que a lo mejor, cada vez que veía a Lilja, a su jefe le venía la misma imagen a la cabeza que a ella: una escena horrible imposible de borrar de la memoria.

Aldís continuó fregando. No le apetecía pensar en aquello, bastante tenía ya con sus cosas. Trató de ignorar a la mujer, que seguía detrás de ella, e hizo todo el ruido que pudo con la vajilla para no oír su respiración y hacer como si no estuviera allí. Sabía que no valía de nada pedirle que se fuera a otra parte ya que, a pesar de que los otros empleados seguían trabajando, Lilja nunca los vigilaba. Probablemente le daban miedo los hombres.

De pronto pensó que Veigar había empezado a fijarse en ella y que esa era la razón del comportamiento de Lilja, y tomó conciencia del desagradable guante húmedo. Aquella posibilidad le resultaba insoportable. Como si no tuviera suficiente con los internos. La seguían con la mirada a cada paso que daba; a veces se sentía como una gallina huyendo de una manada de lobos. No es que temiera que fuese a pasar algo, pero le incomodaba notar cómo la examinaban de arriba abajo. Los muchachos tenían entre trece y dieciséis años, mientras que ella iba a cumplir veintidós. Pero a ellos les daba igual la diferencia de edad: era una mujer y punto. No conseguía quitarse sus miradas de encima por mucho que evitara la ropa ceñida, se maquillara lo menos posible y se hiciera siempre una coleta. Y pronto habría uno más.

Para colmo siempre se quedaban mirándola en el más absoluto silencio, como si esperaran expectantes a que sucediera algo; Aldís prefería no saber qué. A menudo soñaba con que siete niños le clavaban la mirada en silencio y se despertaba sobresaltada en plena noche. Nunca conseguía recordar lo que sucedía a continuación y cada vez que, a la mañana siguiente, intentaba hacer memoria, se l ...